

*De la malicia y del odio*, 1940

Óleo sobre tela, 114 x 145 cm

Inventario nº 6867

Colección Museo Nacional de Bellas Artes



• No sabemos si Mariette Lydis pintó este cuadro cuando todavía estaba en Europa y, tras la caída de Francia, la devastación de Londres por las bombas alemanas era una experiencia directa, o bien si fue durante el trayecto en barco de Europa a la Argentina, o bien ya en nuestro país, hecha la obra sobre la base de imágenes del recuerdo y de fotografías de la Batalla de Inglaterra. Porque todo parecería indicar que de ese largo y feroz episodio de la guerra aérea se trata. Entre los personajes reconocibles, en los planos delanteros de la riada de seres humanos que se aparta en desorden del edificio en ruinas, es posible reconocer al señor Neville Chamberlain, primer ministro de Gran Bretaña, quien creyó calmar a Hitler con las concesiones realizadas en Munich en 1938, cuando se sacrificó la libertad checa. Sigue luego el señor Churchill con su clásico cigarro, cabeza del gobierno británico que decidió resistir la ofensiva alemana con “sangre, sudor y lágrimas”, flanqueado por el presidente Roosevelt, de imagen algo desleída, y Stalin al otro lado. El georgiano se coloca junto al rey Jorge VI. Se trata de una extraña premonición de la alianza que habría de derrotar al fascismo y al nacionalsocialismo. El primero está simbolizado por la presencia del *Duce*, a un costado de Chamberlain; el segundo, tal vez lo esté por el hombre de apariencia común, tocado por un sombrero y con bigote semejante al de Hitler, si bien hay una silueta, en una de las ventanas del edificio en ruinas, que quizá realice en ese momento el saludo nazi al ver, complacido, la ruina que él mismo ha provocado; su cara está en la sombra, pero su envaramiento delata su pose habitual. Cabría pensar entonces que el caballero del bombín no es otro sino Chaplin, que satirizó al *Führer* en la famosa película de 1938; hay algo ridículo y a la vez sufrido en la expresión de ese hombre. Más atrás, en medio de la multitud, descubrimos sin duda al papa Pío XII. La mujer que nos mira de frente es la joven artista; las maderas quemadas frente a ella serían

## MARIETTE LYDIS (1887-1970)

el caballete donde se hubiera apoyado esta misma tela de la pintura, preparada para servir de soporte al testimonio de la representación. La ciudad en ruinas, en lo alto y aún en llamas, hace las veces de un infierno paradójicamente colocado cerca del cielo, pues desde allí ha caído el golpe de la calamidad. La imagen de viaductos en ruinas, recorridos por seres humanos, trae una reminiscencia de las *Cárceles* de Piranesi.

En el primer plano, se reúnen las figuras simbólicas cuyas ambivalencias transmiten al contemplador un desasosiego radical, salvo en el caso de la madre que abraza a su hija con ternura y sin desesperación. Esa dupla clásica de las artes africanas y europeas introduce el único motivo de serenidad, efímera y amenazada, en nuestro cuadro. Es además la única porción del todo que posee univocidad del significado: el amor humano resiste la violencia y la locura del mundo. Adviértase que las otras cuatro figuras quizá sean emblemas duplicados de los sentimientos expuestos en el título. Por un lado, el niño o niña cubierta con un manto, que extiende la mano y nos mira oblicuamente, podría ser víctima, inclusive cuando sus ojos y, sobre todo, su cuerpo hecho de ramas partidas nos recuerden las creaciones boschianas de la pesadilla y el Averno. La *Iconología* (1613), de Cesare Ripa, llamó la atención sobre ese tipo de mirada, como característica de la “malignidad” o malicia. Algo equivalente ocurre con la vieja o viejo cuyo perfil muestra una boca abierta en pleno aullido. Su cuerpo también se ha transformado en un árbol seco, y tampoco nos sentimos capaces de discernir si su grito es de dolor o del “odio capital” cuya alegoría describió Ripa en esos términos: el viejo que vocifera. Por otra parte, a la derecha, la mujer sin cara, suerte de maniquí, ciega, hierática, siniestra en ese marco de escape y desastre, aludiría bien a la malicia. Mientras el joven trajeado a la moderna, quien parece haber perdido la cabeza (casi una careta) para exhibirla por su propia mano, alude tal vez a Bertrand de Born, sembrador de discordia y de odio entre padre e hijo, condenado a mostrar a los pasantes la cabeza tronchada de su cuerpo, en la novena fosa del octavo círculo del Infierno dantesco: “Por separar a quienes tan unidos estaban,/ mi cerebro, ay, también separado llevo,/ lejos de su principio, que en este tronco habita.// Y así se observa conmigo la ley de la retribución” (canto XXVIII). Como en la *Commedia*, el joven se adelanta al pie del puente en ruinas.

Georgina Gluzman ha redescubierto esta obra única en tema y género, que Mariette Lydis pintó el año de su ingreso y radicación en la Argentina. El saber de la historiadora se manifiesta en la aproximación que ella propuso entre *De la malicia y del odio* y *Retablo del dolor*, de Raquel Forner, compuesto en 1943. Si La Negra de María Gainza existiese más allá de la *Luz negra*, es muy probable que dudase mucho acerca de cuál de ambos lienzos falsificar.

JOSÉ EMILIO BURUCÚA